[1980]

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

ZUBIRI, FILOSOFO TEOLOGAL

Hace pocos días la Universidad de Deusto concedía a Xavier Zubiri el doctorado *honoris causa* en Teología. Celebraba así la Facultad de Teología sus cien años de fundación. Uno se puede preguntar por qué precisamente en teología, cuando Zubiri es más conocido como filósofo. Pudiera responderse que se lo concedieron porque Zubiri es también teólogo. Y su magistral lección sobre la Eucaristía tenida en esa ocasión, así lo demuestra. Zubiri rehace de alto en bajo las clásicas explicaciones teológicas sobre la presencia real, la transustanciación y la razón formal de la Eucaristía.

Pero no es este el punto que quiero tratar en este breve comentario. Es cierto que Zubiri ha trabajado desde un punto de vista metafísico puntos teológicos tan fundamentales como el de la Trinidad, el de la creación, el de la encarnación, el de la evolución del dogma, etc. En todos ellos ha puesto en juego su propio pensamiento metafísico que ha mostrado en este como en otros campos sus inmensas virtualidades, a la vez que ha iluminado rigurosamente los linderos conceptuales de tan altos misterios. Pero cuando aquí le llamo a Zubiri filósofo teologal quiero decir otra cosa. Me refiero no al filósofo que trata conceptivamente temas teológicos sino al filósofo que por llegar a la esencia viva del hombre, a su última realidad personal encuentra en ella el lugar donde aparece el gran enigma de Dios implicado en el gran enigma del hombre, en su constitutiva inquietud. La inquietud de quien no puede vivir si no es poniendo en juego lo que va a ser de él.

El problema de Dios aparece en Zubiri, como en tantos otros filósofos, como clave de su arquitectura metafísica. Pero, mientras que con frecuencia el Dios de los filósofos, aparece, al menos en una primera lectura, como un concepto más, por más que tras ese concepto se escondan dimensiones personales, el Dios de Zubiri aparece como un Dios vivo al que se ve abocada la persona humana, quiéralo o no, sépalo explícitamente o no, en la propia realización de su vida personal. No podemos decir cómo ocurre esto, aunque algunas de las iniciales reflexiones sobre el tema puede encontrar el lector en su libro *Naturaleza, Historia, Dios*. Lo que sí queremos señalar es que este encuentro, con fuerte carácter opcional, puede ocurrir, porque Zubiri es un filósofo teologal, a quien su porpia filosofía sobre el

hombre le lleva a encontrarse in vivo con el ámbito de lo divino, implicado en lo más personal del hombre, pero también en la sociedad y en la historia. Hay una dimensión teologal de las cosas y desde esta dimensión es posible un encuentro religioso de Dios, un encuentro teológico, pero también un encuentro filosófico.

Hoy que tantos dan por abandonada la cuestión de Dios en el mundo de la sociedad de consumo, impresiona encontrar a un filósofo como Zubiri, que hace de lo extemporáneo algo plenamente contemporáneo. Un Zubiri a quien no le hicieron perder la fe ni los muchos saberes científicos que cultivó en su juventud, ni los muchos filósofos más o menos ateos con quienes se formó, ni tampoco la Inquisición de una Iglesia que identificada en España con el franquismo quiso ahogar la libertad intelectual de este luchador indómito. Pero un Zubiri también que no ha perdido la cabeza y que no ha dejado dehablar de Dios ni antes cuando parecía una osadía ni ahora cuando tantos tienen miedo de hacerlo, no les vayan a confundir con los intelectuales del franquismo o de la reacción. He aquí un hombre, por tanto, que no ha perdido ni la cabeza ni la fe; que, al contrario, ha salvado ambas a base de rigor y de honestidad. No olvidemos que ya en 1935 en un ambiente adverso, Zubiri plantea el problema de Dios y lo hace con tal rigor filosófico y con tal hondura existencial, que hasta los más agnósticos tienen que aceptar que aquello es filosofía y no teología, que aquello es creación innovadora y no pura repetición mecánica.

Muchos filósofos de hoy no saben hablar de Dios filosóficamente. A veces, porque según ellos ha desaparecido de la vista social o, lo que es peor, ha muerto. Lo que pasa es que es difícil hablar filosóficamente de Dios, después de que ya lo han hecho las máximas figuras de la filosofía universal. Mejor les parece irse por otros caminos para no verse sometidos a humillantes comparaciones. Zubiri tampoco tiene este miedo.Y sabe también que la cuestión del hombre, la cuestión de la historia y la cuestión de la salvación del hombre y de la historia no pueden pensarse adecudamente, si no se tiene en cuenta la dimensión teologal, aquella dimensión en que religadamente el hombre es más que sí mismo, al tiempo que fe es en cada momento un peregrino sobrecogido ante el poder de lo real.

S. J.